

# LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS  
Ruíz, 8, 1.ª izquierda.  
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II  
9 Noviembre de 1889.  
NÚMERO 89.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

## MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO

¡Buena música la del maestro Caballero!

La verdadera zarzuela ha tenido en él un cultivador feliz é incansable. Ahí están las partituras de *El primer día feliz*, *Las dos princesas*, *Los sobrinos del Capitán Grant*, *Las nueve de la noche*, *La Marsellesa*, *El salto del pasiego* y *La gallina ciega*, que son verdaderos modelos.

En el género llamado *pequeño* cuenta por centenares las piezas aplaudidas que se han hecho, y son populares.

Instrumenta de una manera magistral, y á los primeros acordes de la orquesta adivina ya el público la mano experta del eminente maestro.

¡Lástima grande que, por prometer más que puedo cumplir, haga pasar tantas rabietas á los libretistas!

Tiene una *nota* característica.

Sentado ante una mesa bien servida, está en sus glorias. Acepta todas las cocinas.

No tiene nada de *gourmand*, pero es un refinado *gourmet*.

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.  
Seis meses..... 5 "

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

• ATRASADO, 25 "

## PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



D. Sandalio Majagranzas ha muerto loco. (Pobre D. Sandalio!)

Hace quince días recibimos un telegrama de Nueva York participándonos tan triste nueva, y no quisimos darle crédito.

¡Morirse él, un hombre sano, fuerte, robusto, que apenas contaba cuarenta años y que era ex concejall...

¡Y morir loco! El caso era raro.

¡Parece que aún la veo, al principio de su carrera, en su pingosa tienda de comestibles de la Cuesta de los Ciegos, donde comenzó a amasar su fortuna, *irregularizando* en el peso y quedándose siempre corto en la medida!

Y... ¡cuán hermoso estaba algunos años más tarde—muy pocos, por cierto—con su vientre abultado, su bigote cerdoso y entrecano, su levita confeccionada en los soportales de la calle de Toledo, su chistera reluciente, y el bastón con borlas y puño de oro, símbolo de su autoridad, como teniente de alcalde del distrito! Todo Madrid se fijaba en él, y la multitud le señalaba con el dedo, gozosa y sonriente, cuando le veía hecho un brazo de mar presidiendo la procesión de Minerva en su distrito.

Y si ustedes no le han conocido, no les importe. Ha dejado una familia numerosa, y seguramente conocen alguno o algunos de sus parientes.

¡Si no se ven más que Majagranzas por ahí!

D. Sandalio, hombre adinerado, no podía dejar de visitar la Exposición de París.

Y un hermoso día del pasado Julio arregló su maleta, atestó la cartera de billetes de Banco, se despidió de sus íntimos y se trasladó a la gran capital, ansioso de montar en burro en la calle del Cairo, subir a la Torre Eiffel y tratar personalmente a las *scotties*—como él las llamaba—y de cuya existencia había dado ya cierto conocimiento algunos autores dromáticos, presentándoseles, aunque con cierta timidez, en algunas piecicillas del moderno repertorio.

¡Qué felices se las prometía al pobre Majagranzas!

Porque, lo que él decía:—Las *scotties*, caprichosas;—yo, robusto y calavera;—seis mil duros en cartera... ¡Qué sé yo! ¡La mar de cosas!

Pasemos como sobre ascuas—hay asuntos muy escabrosos—sobre la existencia de Sandalio los quince primeros días de su estancia en París, y vengamos al día nefasto en que tropezó, en la Galería de Máquinas, con su paisano y amigo Lucas Gutiérrez.

—¡Sandalio!

—¡Lucas!

Un apretado abrazo, las preguntas de rigor en casos tales y el tomar café juntos, fueron las primeras consecuencias de aquel encuentro.

Gutiérrez participó a Majagranzas su próximo viaje a Nueva York. Iba allí para asuntos propios, y nuestro ex teniente alcalde, que se aburría ya en París, se decidió gustoso a acompañarle.

Sería interminable tarea referir las bromas, algo pesadas, que Gutiérrez dió a Majagranzas en Nueva York. La última le costó la vida. ¡Dios no se lo tome en cuenta al atolondrado Lucas!

Una noche propúsole ir a visitar a un compatriota, el cual, según afirmaba Lucas, tenía una sobrina joven y guapa, y algo ligera de cascos.

La idea de correr una *juerguicilla* a tantas leguas de la calle de la Ruda sedujo al impetuoso Sandalio, y aceptó con júbilo la idea de su amigo.

Una cosa solamente le preocupaba. ¿En qué idioma hablaría aquella chica? El buen hombre no sabía más que el castellano convencional, que, esmaltado de *laigns*, *dificiencias*, *práxuelas*, *banastros* y *municipios*, le había servido para medio entenderse con sus conciudadanos, y temblaba ante la idea de que la joven, en cuestión hablara alguna lengua muerta.

Gutiérrez le tranquilizó. La muchacha hablaba como una maestra de la Fábrica de Cigarros.

El dueño hizo los honores del modo más correcto. Enseñóles una por una todas las habitaciones, y al llegar a un gabinete, prodigio de *confort* y de elegancia, encontráronse con una joven bellísima, que, al parecer, dormía muellemente reclinada en una *chaise longue* de palo santo.

—Es mi sobrina, dijo el dueño. La pobrecilla está algo fatigada y se ha dormido.

—Entonces, murmuró Majagranzas contrariado, salgamos despacito y no la despertamos.

Y se dirigió a la puerta, andando de puntillas.

—No, es inútil; no tardará mucho en despertar. Siéntese usted.

E indicó a Sandalio una butaca cerca de la *chaise longue*. Este obedeció.

—Nosotros, continuó aquel caballero, calzando su brazo al de Lucas, vamos un momento

a mi despacho a ultimar un asunto reservado. Pero no tardaremos en volver. Haga usted el favor de esperarnos, y aquí tomaremos juntos el café.

Dicho esto, se retiraron, dejando a Majagranzas asombrado y aturdido.

Quedaron solos, la joven dormida y el ex tendero de comestibles.

Este no apartaba la vista de la joven, que era, en verdad, una rubia hermosísima. Tenía los ojos medio cerrados, y a la tenue luz que proyectaba un globo de cristal, color azul pálido, que pendía del techo, parecía una visión celeste, sobrenatural.

Estaba vestida completamente de blanco, y una de sus manos fina y torneada, descansaba sobre la falda de raso, en actitud indolente y descuidada.

Reinaba un profundo silencio en el gabinete.

De pronto, una voz dulce y argentina pronunció distintamente estas palabras:

—¡Sandalio, Sandalio mío!

—Majagranzas se puso en pie de un salto.

—¿Por qué no vienes? ¿No ves que te estoy esperando, que te amo?...

No cabía duda. La que hablaba era la niña rubia. No se movía; continuaba inmóvil en su actitud, con los ojos entornados, pero sus labios, sus labios, rojos como pétalos de rosa, se movían dulcemente y daban paso a aquellas palabras cariñosas:

—¿Me rechazas? ¿No me quieres?... Yo que te esperaba ansiosa, enamorada...

Seguía hablando, sin interrupción, siempre con aquella voz ceta tierna é insinuante, y Majagranzas la contemplaba extático, tembloroso y con los ojos espantados.

—Sandalio, continuó la joven; vi tu retrato en el *Intermedio* de Barcelona, y me enamoré de ti; encargué a Gutiérrez que te trajera para hacer tu felicidad y la mía, y ni siquiera me abrazas, ni siquiera me miras... ¡ingrato!

Majagranzas no pudo resistir más. Se acercó a la joven, la estrechó entre sus brazos y besó con delirio aquella boca seductora...

—¡Horror! Aquellos labios estaban fríos como los de una muerta... Y continuaba hablando... hablando...

Sandalio dió un grito y soltó a la joven; pero ésta cayó al suelo, produciendo un ruido seco y desagradable.

Acudió presuroso a levantarla, tiró con fuerza de los brazos, y ambos quedaron entre sus manos. ¡Eran dos brazos de maderal! Y la niña seguía en el suelo, siguiendo su desesperante monólogo!

—Sandalio, ¿qué haces? ¿Por qué no me acaricias? ¿Por qué no me quieres?

—¡Socorro, socorro! gritó Majagranzas, en el colmo del terror y con los pelos de punta.

Dirigióse desalentado a la puerta. Estaba cerrada. Golpeó con furia, y sólo le contestó el eco de una sonora carcajada.

Y, en tanto, la mujer sin brazos continuaba en el suelo, repitiendo...

—¡Majagranzas! ¡Majagranzas! ¿Por qué no vienes? ¡Ven!

Sandalio dió dos pasos, tropezó con uno de los brazos de la rubia, y loco, atemorizado, rodó también por el suelo, gritando con voz ahogada:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Entraron Gutiérrez y su amigo, y se asustaron al verle en tan deplorable estado. La farsa podía tener fatales consecuencias. La hermosa rubia no era más que el último invento de Edison. Una muñeca de tamaño natural, en cuyo vientre se había colocado un fonógrafo, el cual había reproducido el discurso hablado poco antes por el maldito Gutiérrez.

Cuando Majagranzas recobró el sentido, estaba loco.

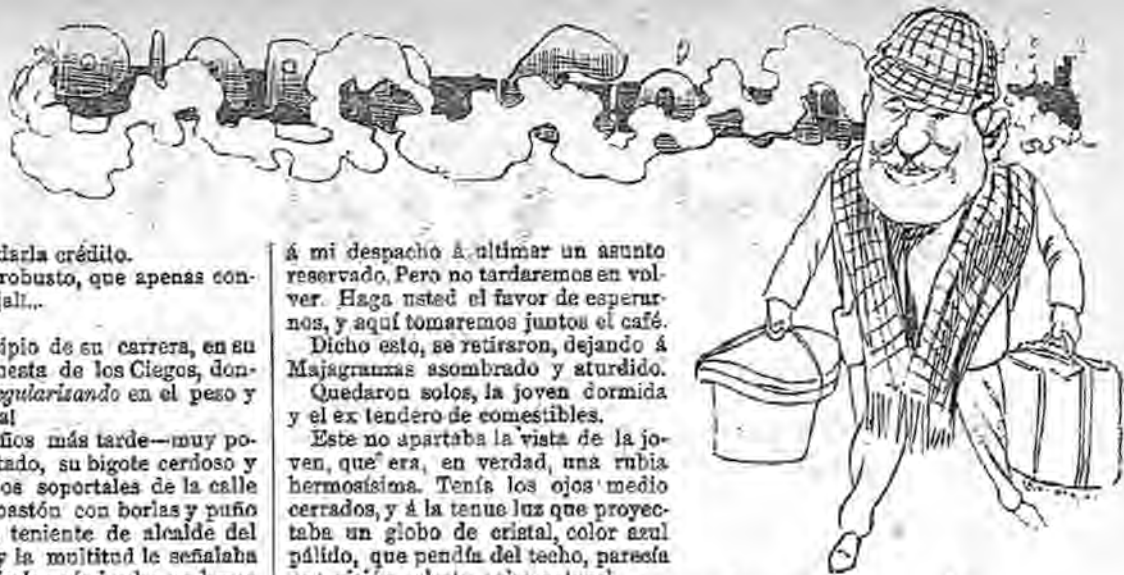
Un mes después ya no le dolía nada. Había muerto.

Confesemos que hay que tener mucho cuidado con estos inventos modernos. ¿No les parece a ustedes?...

No terminemos con una nota triste.

Hay un acontecimiento artístico en la semana. La publicación de la novela de A. Dander, *Roberto Helmont*, primorosamente editada por la casa de A. Jubera, con magníficos fotograbados y cromotipias, fielmente estampados por el Sr. Rubiños. Este libro, prodigio de impresión, puede muy bien servir de modelo del arte tipográfico. Cómpralo ustedes.

E. NAVARRO GONZÁLEZ.





CHISPAZOS

Es tanta tu hermosura y tan completa,  
Tan insinuante y aductor tu acento,  
Que no hay hombre que, al verte, no cometa  
Un pecado mortal, de pensamiento.

Le es triste al desgraciado  
Recordar la ventura sonriente  
Que en tiempos más felices ha gozado;  
Pero yo, con las dichas del pasado,  
Me olvido de las penas del presente.  
Y es que con tal vigor mi fantasía  
Copia las dichas del pasado oscuro  
Que, á veces, me figuro  
Que las estoy gozando todavía.

Como mi pensamiento enardecido  
Se adelanta del tiempo al curso lento,  
En fugaces instantes ha vivido  
Un largo porvenir mi pensamiento.

¿Qué conciencia el pecado  
No manchó con sus babas asquerosas?

¡Yo, que soy tan honrado,  
Me echo a veces en cara tantas cosas!...

Siento un pesar tan grande y tan profundo  
Que bien puedo decir, Carmen querida,  
Que es hoy, después de aquel en que vi el mundo,  
El día más infanso de mi vida.

Y con el más brutal de los celismos  
Me llaman soñador, mala cabeza...  
¡Ellos que, en su ignorancia y su torpeza,  
Al andar son jinetes de sí mismos!

¡A qué luchar en tan horrible liza  
Si seremos, al fin de la jornada,  
Un montón miserable de ceniza,  
Un ego doloroso que agoniza  
Perdido en el silencio de la nada?

De cien hombres que pasan por honrados,  
Cincuenta son malvados  
Y cincuenta egoístas, cuando menos;

Hay cientos, mas contados,  
Que suelen contener uno ó dos buenos.

Si amas alguna vez, hazlo de modo  
Que tu memoria sin cesar recuerde  
Que, en materia de amor, igual que en todo,  
Quien más pone más pierde.

¿Cómo no ser por tus hechizas preso  
Si son, para mi encanto y mi delicia,  
Cada mirada tuya, una caricia,  
Cada sonrisa un beso?

Y cuadros mil de invidioso encaje  
Sobre la verde hierba dibujaban  
La luz del sol, las sombras del ramaje  
Y las brisas que inquietas le agitaban.

Esperanzas sin fin me forjé un día,  
Esperanzas alegres y rosadas  
Que jamás realizadas miraría...  
¡A veces, Carmen mía,  
Tiene Dios unas bromas tan pesadas!...

ANTONIO PERERA.

PALIQUE

A un crítico que, para sandífirse las moscas literarias, no encontraba mejor manera que reirse de los poetastrós y de más palmipeños, le decía uno de éstos, quejándose:

—Tu crítica es satírica... y, por consiguiente, no me enseña nada.

A lo que contestó el otro:  
—Pero, infeliz, ¿no te he llamado ganso? Aprende eso... y conocerás todas las cosas.

Se ha publicado un libro que se titula *Literatas españolas del siglo XIX*. Según ese libro, resulta que ha habido aquí, en lo que va de siglo, sus 400 literatas.

Tal vez sea eso verdad... con una pequeña reforma; poniendo los ceros al otro lado del 4.

Y lo que son las cosas! á pesar de tanta literata, falta una poetisa: Cánovas. Al cual, en cuanto poeta, le parieron hija.

Por lo demás, eso de las 400 literatas del siglo XIX, tiene el mismo corte legendario ó leyendario que el tributo de las cien doncellas y lo otro de las once mil vírgenes.

Yo, hoy por hoy, no veo esas once mil literatas entre nosotros; no veo más que á su Santa Ursula.

Que es doña Emilia Pardo Bazán.  
De cuyo último libro, *Morrúa*, ya ha hablado en este mismo periódico mi querido amigo Sánchez Pérez. Por eso no digo yo mi opinión acerca de tal novela, porque heza mayor... y porque quien da primero, da dos veces.

En otra parte, y aun en varias, pienso echar mi cuarto á espaldas, por ejemplo, en *Madril Cómico*.

Lo que sí aseguro aquí, y en cualquier parte, es que, á mi juicio, *Morrúa* vale más que *Insolación*; Rogelio Pardiñas, el galleguito madrileño, vale más, mucho más, que el andaluz soso, bobalicón y conchistés de zarzuela flamenco silbada, de que fué á enamorarse en la romería de San Isidro aquella doña Francisca de Asís, que, por lo poco poética, á su vez, no parecía sino una doña Francisca de Asís... Pacheco, directora de no sé qué clase de Contabilidad ó cosa así.

También he publicado mi querida amiga doña Emilia un artículo titulado *Los desiertos de la República Argentina*. Cajías es de haberse dado una vuelta por allá, y, estar ya de retorno para ir á contárselo á *El Imparcial*. Por supuesto que doña Emilia también ha publicado ya su correspondiente libro de la Exposición, que será, de fijo, de lo mejor que en España se escriba al caso. Porque esta Pardo Bazán es una enciclopedia... de viaje. Debe de llevar una imprenta consigo en el ferrocarril.

Ahora me explico yo lo de las 400 literatas del siglo XIX. Todas esas 399, ó la mayor parte de ellas, son espejismos de la mismísima y única doña Emilia, que escribe como ciento y después se multiplica, porque no se está quieta jamás.

Para concluir, una consulta: ¿es de *Esfermide*, lo dice *El Liberal* para hacer rabiar á los académicos? Pues buen chasco se lleva, porque puede que muchos de ellos también lo digan.

CLERIN.

LOS ESCOMBROS

A la vera de un camino, en un montón de brozas, encontráronse un día juntos dos escombros. El uno procedía de los muros de un castillo señorial que había sido teatro de sangrientas tragedias en la edad de hierro; el otro de las deleznales tapias de una cabaña, habitación de pobres labradores. Maltratados por el tiempo fueron rodando por los campos, y al hallarse reñidos, se hablaron de esta suerte:

—¿Quién eres, compañero?  
—Soy resto del hogar de la virtud, que ando sin saber adónde; y tú, ¿quién eres?

—Yo, un miserable despojo del palacio de los crímenes.  
—He sido mudo testigo de innumerables acciones generosas. He visto muchas veces en la vivienda del pobre conmovedoras escenas de ternura. He presenciado el casto abrazo que el honrado campesino da á su esposa al tornar de sus faenas. He oído las palabras apasionadas del zagal enamorado á su bella prometida. He visto las caricias que la madre prodiga al hijo de sus entrañas al dormirle en su regazo.

—Las escenas de barbarie son las únicas que conozco. Recuerdo la desenfundada orgía erigida en ley de vida del alcázar feudal. Yo vi tipos en sangre los salones del castillo. La piedra de que procedo sustentó muchas cabezas lividas, y en la mesa de los festines he visto imperar como reina á la falaz cortesana.  
—En la vivienda del labriego no tiene cabida la impudicia.  
—En las estancias del señor no fué conocida la virtud.  
—Me he recreado á la continua con la melodía que deja escapar la flauta del pastor, cuando padece tranquilamente el ganado, y con el sonido de la esquila cuando el hato regresa al aprisco.  
—Yo he oído á menudo el graznido de las aves de rapiña al cernerse en la tempestad, y el alerta de los centinelas en las altas horas de la noche.

—El piar de las golondrinas en las florestas de Abril, y el canto de los segadores, cuando recogen las mieses, y las auras embalsamadas de Mayo, y el trino del risueño en la enramada, forman una sinfonía inmortal, con la que mil veces me he extasiado.  
—La música que he conocido la formaban el ruido de los aceros, el choque de las copas, el zumbido del viento estrellándose en los riscos y el ruido del granizo cayendo sobre las almenas.  
—Mi reino era el de la paz.  
—El mío el de la guerra.  
—He gozado presenciando el trabajo de los campos y abrigando los productos de la tierra.  
—He sufrido viendo horrores y guardando el fruto del pillaje.  
—Yo he visto consolar al triste y proteger al desvalido.  
—Yo castigar al inocente y despojar al viajero.  
—La humedad formaba la atmósfera en que vivía.  
—La soberbia y el orgullo la en que yo padecía.  
—Gozo con el recuerdo de lo que fui.  
—Me estremezco de pavor si agoma á la memoria mi pasado.

—¡Ay! ¿Por qué no podré volver á aquella dicha?  
—No, no quiero vivir ya más. Anhele volver al reino de la nada.

Los obreros que trabajaban en el camino concluyeron con el diálogo, esparciendo por la tierra las brozas y separando los escombros.

GUILERMO BOCA.



ESTRELLAS ERRANTES



Estrella de primera magnitud.—A la caída de la tarde.



ESTRELLAS ERRANTES



Estrella de segundo orden.—De las doce de la noche en adelante.

CHULAPERIAS

—Bueno, que te calles digo.  
—Es que no me da la gana.  
—Que nos miran.  
—Que nos miren.  
—Que hay mucha gente.  
—Que la *haiya*.  
Me se ha puesto en la cabeza que sepa tus *charranadas* lóo el mundo, y me tién que oír hasta los sordos.  
—Melania:  
tú no tiés educación, y voy a tener que dártela.  
—Mira, quédate con ella, que te hace bastante falta, si se la endosas si no a esa curul con quien hablas.  
—Porque sabe distinguir y es muy chula y muy serrana...  
Lo cual que, según me ha dicho, tiene las primeras ganas de arrancarte el moño.  
—A mil...  
—¡A sí!  
—¡Jesús, qué desgracia!

¡Dile que no me lo arranque, porque, si me quedo calva, voy a estar muy fea!  
—¡Má...  
entocías?  
—¡Una mijaja!  
Más te valía, no sé, tener tanto así de *lacha* y portarte como debes con una mujer honrada a quien debías besar hasta los *piéssos*.  
—¡Bassaban!  
—Después de sacrificarme por tus vicios y tus trampas, después de quedarme en cueros, como aquel que dice, para que tengas un *cabezota* siempre en el bolsillo, y rayas a *alternar* en las tabernas con otros bastías...  
—Melania!  
—Después de que te he comprado un *reponitivo* de plata...  
—¡Que te calles!

—Y después de que he *palido* la falda y el corsé de raso negro, sólo *pa* que tú sacaras los *ojelos* que tenía en casa del quitamanchas, me das *acharés* con esa... señora bufa...  
—¿Te callas, si hay cisco picón?  
—¿Tampoco!  
—¿Quieres verlo?  
—¿Y si me matas?  
—¡No dicen!  
—Mira que te doy!  
—¿Pues toma, por *boconat*!  
—¡Ay, pilló!  
—Vámonos, Melania, *resinate* ya... y no lores, que me entristacen tus lágrimas, y me has puesto el corazón lo mismo que una castaña...  
—¿A tí qué te importa? ¡Vete!

con la *lués*, que es muy *serrana*...  
—No me hables de esa *patosa*.  
—¿Por qué?  
—Porque me dan náuseas.  
—¿No la quieres más que a mí?  
—¿A esa más que a tí? ¡De ganas!  
—Si tuvieses ahora dinero!...  
—¿Qué?...  
—Ná, que te convidaba *pa* probarte mi cariño de una manera más *práctica*.  
—Por dinero no lo dejes.  
—¿Lo tienes tú?  
—Sí.  
—¡Pues, arza!  
Vamos a...  
—Dónde tú quieras.  
—¡Bendita sea tu *mama*!  
—¡Déjame la cara, Paol!  
—Es que no me da la gana.  
—Que nos miran.  
—Que nos miren.  
—Que hay mucha gente.  
—Que la *haiya*.  
J. LÓPEZ SILVA.

Tiempos de prueba.

Son los que se acercan ó se han acercado ya entre nosotros. Los dobles de las campanas, cuyo lúgubre són aún resuena en nuestros oídos, no sólo son voces que nos invitan a pensar en los que fueron, sino presagos de la suerte a todo lo creído reservada. No; no lamentan únicamente la pérdida de los que han devuelto al laboratorio eterno de la creación los elementos que un tiempo pasearon ufanos sobre la tierra, y que en momentos de verdadera locura creyeron suyos, y aun para siempre; lamentan, además, la muerte incesante que este mundo de desarmónicas nos ofrece por do quiera: esperanzas que se marchitan, ilusiones que se desvanecen, recuerdos que se borran, amores que se pierden para siempre.

Hay tiempos más fecundos en obras de vida; hay otros más en obras de muerte. Los que tenemos encima pertenecen a esta última clase; por eso los llamo tiempos de prueba. Los elementos, siempre conjurados contra nosotros, no parecen sino que en esta época se vuelven semejantes nuestros, según es la furia con que nos acometen. ¡Desgraciado del que no cuenta con medios de defensa para resistir el asalto que al alcanzar de su espíritu, esto es, al cuerpo, han de darle seguramente! Es hombre al agua, ó, mejor dicho, hombre a la nada, ó, todavía mejor, hombre al *quién sabe!*

Algo así debía de pensar desde el veintinueve carcelario de su buhardilla el infeliz Inquilino a quien la fuerza de las circunstancias ha ido empujando hasta dar con la cabeza en las vigas de una casa de cuatro pisos, con entresuelo y primero, pues su estado contemplativo y lo desmantelado de la estancia declaraban muy al vivo su obra de pensamiento y lo poco halagado de esta obra.

No hay nada como la desgracia para filosofar con acierto, dígalo los perdidosos en el juego; ni nada como ella para hacernos blandos de corazón. La riqueza trae aparejada la soberbia, y ésta aparece a su vez a quien crueldades dados no le dejaron más papel que el de pez chilo en la trágicomedia de la vida, y ya lo dice el refrán: en tiempo de higos, no hay amigos. Como no tenía unos ni otros, se entretenía nuestro hombre consigo mismo, único amigo con quien se puede contar, cuando se vive en tales alturas.

—Y hablan de la ley de las compensaciones, decía, siguiendo en alta voz el discurso empezado con el verbo interno. ¡Valientes leyes y valientes compensaciones! Yo me derretía en este horno, caldeado por el sol de Julio, y ahora bacruto que me voy a volver carámbano. ¿Cuándo se suprimirán las buhardillas y... los pobres?

Para suprimir, lo mismo que para crear, ahí está el Teatro Nacional, ó la Representación, y ahora empieza la temporada ó la legislatura; pero... ¡oh dolor! nuestros representantes son hombres de imaginación tan viva y rara, que verán brillar el estoque de un bastón sin estoque, y cegarán ante el estado angustioso del país, de los paisanos sobre todo; miran tan alto, que procurarán introducir y mejorar, por supuesto, reformas

electorales, por ejemplo, sin trampa ni cartón, y no descenderán a la prosa de la vida, para que sea cada vez mayor el número de los que no la maldigan. Tras las granizadas del verano, las de la

elocuencia parlamentaria; y así no acabarán nunca los tiempos de prueba para los pobres labradores. Todo concluirá porque el arte español se enriquezca con nuevas obras, sólo comparables en hermosura, y tal vez en resultados, con las que se empiezan a oír en nuestro primer teatro lírico.

Emudocieron ya los cantores de la naturaleza, y vienen en su lugar los ruisenores del arte; pero con qué diferencia! Aquellos tienen por escenario la tierra tapizada de verde alfombra; éstos unas cuantas tablas; aquéllos entran y salen por entre frondosos árboles; éstos por bastidores de tela pintarrajeada; las bambalinas que cobijan a los primeros son las bóvedas de verdura, ó la azul que tantos crimenes lleva encubiertos; el cielo que cubre a los segundos está colgado de un telar y a las ordenes de un maquinista; la luz Drumon de los conciertos al aire libre me encendida por Dios en uno de los célebres seis días, no recuerdo cuál; el sol de los conciertos bajo teñuido apoya sus inseguros rayos en un miserable carbón, y, finalmente, las notas de los primeros se dan gratis, mientras las de los segundos ponen a prueba el bolsillo

de más resistencia. Todas estas reflexiones haría, si lo dejaran, quien sintiendo el divino arte tanto como el animal más sufrido de la creación, no tiene más remedio que tomar un abono para *allear* y hacer ver entre bostezo y bostezo cómo se divierte.

Para divertirse de veras, los estudiantes; su vuelta, como la de las golondrinas, señala buen tiempo a los empresarios de toda clase de jolgorio, las patronas inclusive, siquiera los jolgorios que éstas proporcionen sean cantidades negativas.

Nadie, al ver esas caras rebosando vida, efecto del tajeo y del oxígeno del pueblo; nadie al oír sus carcajadas, reveladoras a un tiempo de la integridad de su espíritu y de sus pulmones, creería que acaban de dejar a los únicos amigos verdaderos que les ha depurado la Providencia en la tierra, amigos cuya pérdida nada podrá compensar; pero *cet dyc est sus pitie*. Nadie creería tampoco que sus *gudeadus* tienen un fin tan triste como la prueba de curso; pero no es patrimonio de la juventud la pre-  
visión.

Ni del que empujó la capa, creyendo que iba a ser eterno el verano, y con ella, transformada en chicos ó grandes de borcha-fa, hizo más de una conquista de entre dos luces. Los santos, con sus yerbenas por pretexto, las devotas por fin, le hicieron hacer tal desagravio; él mismo las ayudó en semejante obra de metamorfosis económica, bebiéndose lo que aún quedaba de ella; y hoy anda bebiéndose los vientos por abrazar aquella prenda, no de su corazón; sino de todo su cuerpo, cuyo rescate presenta más dificultades que el de los cautivos de las tribus de Alhuemas: es lo que él dice, contemplando la papeleta de empeño y suspirando al mismo tiempo:—Cierta que este papel representa la capa; pero ¿cómo me voy a abrigar con un papel? Oigo decir,



ALFONSO BAUDET

Autógrafo del cuadro "Luz y sombra" por el autor, que se encuentra en el Museo de Bellas Artes de Madrid.



en cambio, que ando de capa caída; ¿cómo puede ser esto, si no la puedo llevar de ningún modo?

En fin, que los tiempos de prueba los tenemos encima; que á cada uno corresponde su parte, y que si alguno se ve libre de la suya, es porque otro lleva dos, pues el mal, como la materia, es siempre el mismo, sin aumento ni disminución. Por eso, lector, si te ves con tu parte, paciencia y... bajar: así es el mundo. Si te ves libre, da gracias á Dios por el milagro, y aún mejor que esto, piensa en el que anda agobiado bajo el peso de la suya y

la tuya; piensa que puede ser verdad lo que nos cuenta Campoamor de aquella madre y de aquella hija que

Mientras de placer gritando  
Pasa ante ellas el genio,  
La niña llora de frío  
La madre pide llorando;

y obra como hombre.

JOSÉ MARIA ESSEI.

PACOTILLA

MANTILLAS Y SOMBREROS

El simpático Rodao,  
que con piropos me agobia,  
me escribe desde Segovia  
lo que aquí dejo copiar:

CARTA

que escribo ligero,  
como Dios me da á entender,  
por si la logra cogor  
Estrañi, el pacotillero.

Tras larga meditación,  
contéste aquí, sin purfites,  
á cierta composición  
que he leído en LOS MADRILES,  
y en la que, con el salero  
que siempre en sus versos brilla,  
elogia usted la mantilla  
y echa por tierra el sombrero.

Aunque me triture usted,  
porque le sobre razón,  
yo no soy de su opinión,  
mi querido don José.

¿Por qué usted tanto se ensaña  
yendo en contra de la moda?  
Vamos, eso me incomoda,  
querido Estrañi, y me extraña.

No dejo de comprender  
que la española mantilla  
le está bien á la chiquilla  
que se la sepa poner;  
pero la que, por torpeza,  
la lleve sin donosura,  
tendrá parecido á un miara,  
con un trapo en la cabeza.  
En cambio, aquí, los sombreros  
son de forma tan variada,

que á la chica que no agrada  
un sombrero con jilgueros,  
le busca de encorola,  
ó de tórtola temblando,  
ó de esos que hay imitando  
una fuente de escarola.

Esta clase de sombreros  
á la mujer favorecen;  
también los hay que parecen  
bacias de los barberos;  
y, en fin, un sombrero he visto,  
que no sabía si era  
un plumero, una frutera,  
ó una cazuela con pisto.

Con sombrero una muchacha  
está más interesante;  
que el sombrero es elegante;  
á nadie hace mala facha:  
y... el caso es que una mujer  
que á desairar no me atrevo,  
me escribe, y dice que debo  
al sombrero defender.

Más la desairo, aunque es bella;  
pues pasa una modistilla  
por mi calle, con mantilla  
y... en fin, ¡que me voy tras ella!

JOSÉ RODAO.

CONTESTACIÓN

Nada, Rodao; no transijo  
aunque usted es ingenuo extrema.  
Perdone usted si le añijo,  
pero sigo con mi tema.

Para un buen rostro ovalado  
sugiendo de nívea gola,  
no hay nada más apropiado  
que la mantilla española.

Esa reina de los trajes,  
preñida en los altos moños:

salerosa, con encajes;  
incitante, con madroños.  
Esa mantilla bien puesta  
que ya no luce su encanto  
más que en la taurina fiesta,  
ó el día de Jueves Santo.

Esa prenda resalada,  
que, hundido todo en la hoya,  
vivirá inmortalizada  
en los tapices de Goya.  
Esa, en fin, con que adornaron  
altas damas su salero,  
y con la cual trastearon  
al señor Pedro Romero.

¡Pero, á qué tón, viva Cristo,  
alabo esa prenda brava,  
cuando usted mismo la ha visto  
cayéndosele la baba!  
¿Hay nada más seductor  
que una mantilla bonita  
preñida con una flor  
donde el corazón palpita?

Si es negra, rebosa el vaso  
de la seducción que pinto,  
con vueltas de fino raso  
color azul ó corinto.  
¿Y qué no lucen apenas,  
aunque esté el tiempo de lluvias,  
con el rojo, las morenas,  
y con el azul, las rubias!

En fin, cuando solemnizan  
la Pasión y se la plantan,  
las guapas nos electrizan  
y las feas nos encantan.  
Ya ve usted, amigo Rodao,  
mi contricante presunto,  
que, por lo que he demostrado,  
estoy fuerte en ese asunto.

Pues bien: á cualquier chiquilla,  
tenga ó no tenga salero,

quítela usted la mantilla  
y póngala usted un sombrero.

Elija usted el que mejor  
cuadre á su rostro y figura:  
el de forma de tambor,  
ó el de forma de herradura;  
el que, á modo de sorbete,  
se eleva hasta los tejados,  
ó el que adorna su copete  
con pimientos colorados;  
el de figura de cesto,  
ó el de nido de pardales,  
ó el que se asemeja á un tiesto  
lleno de flores... cordiales.

(Eso va siendo tan lato,  
que hasta va á haber sombreritos  
hechos en forma de plato  
y adornos de huevos fritos.)  
Pues nada: póngale usted  
cualquier sombrero que sea,  
y verá usted, don José,  
cómo la chica se afea.

De guapa, se vuelve horrible;  
de esbelta, al andar se trabaja;  
de lista, se hace risible,  
y de salerosa... ¡pava!

Con estas razones, creo  
que ya le habré convencido,  
y que, como es mi deseo,  
se vendrá usted á mi partido.  
No ataque usted á las mantillas  
tan sólo por suponer  
que algunas guapas chiquillas  
no se la sabrán poner.

Por eso no discrepemos  
en cuestión tan ardua, no;  
que ya se lo enseñaremos,  
á unas, usted; y á otras... ¡yo!

J SE ESTRANI

EL AVESTRUZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.—CONTINUACIÓN.—(VÉANSE LOS NÚMEROS 55, 56 Y 57.)

—¡He aquí el bulto! exclamó el jefe de estación señalando la caja y soltando una estrepitosa carcajada.

Y Martinot (Pablo) leyó sobre la tapa delantera la dirección siguiente:

Envío de M. Busquet.—De San Luis (Senegal).  
Á madama Martinot (Pablo).—Fabellón Verde.  
Ville d'Avray (Seine et Oise).—Porte pagado.

En seguida, el mismo jefe puso en manos de Martinot un voluminoso legajo de papeles, que no eran otra cosa sino los justificantes y recibos, tanto del buque como de las estaciones intermedias, hasta Ville d'Avray, de la manutención, portes y cuidado del avestruz, todo en regla y completamente pagado.

—Conque, vamos á ver: ¿cuándo retira usted esto?

Martinot se puso á reflexionar. La cosa era grave y su incertidumbre muy natural. No se reciben todos los



Á nadie más que á él se le pueden ocurrir estas cosas... ¡Diablo de Busquet!

Por fin, decidieron algo práctico. Deshacer la caja, sacar el avestruz y llevarlo á casa con una cuerda atada de una pata.

Así se hizo. Se ató á una pata del animal una cuerda larga y sólida, y Martinot buscó un mozo de la estación para encargarle la conducción del avestruz hasta su casa. Todos los mozos se negaron en absoluto á prestarle aquel servicio.

Entonces Martinot tomó su partido, cogió la cuerda, y tirando de ella con todas sus fuerzas, dirigióse hacia su casa remolcando el colosal avechicho.

El bicho, entumecido, se resistía á dar un paso.

Los empleados de la estación, y la muchedumbre que se había agolpado junto á la caja, siguieron gritan-

dumbre que se días animales de tal tamaño y tal categoría.

El empleado del ferrocarril sonreía, y el buen Martinot se contentaba con murmurar entre dientes.

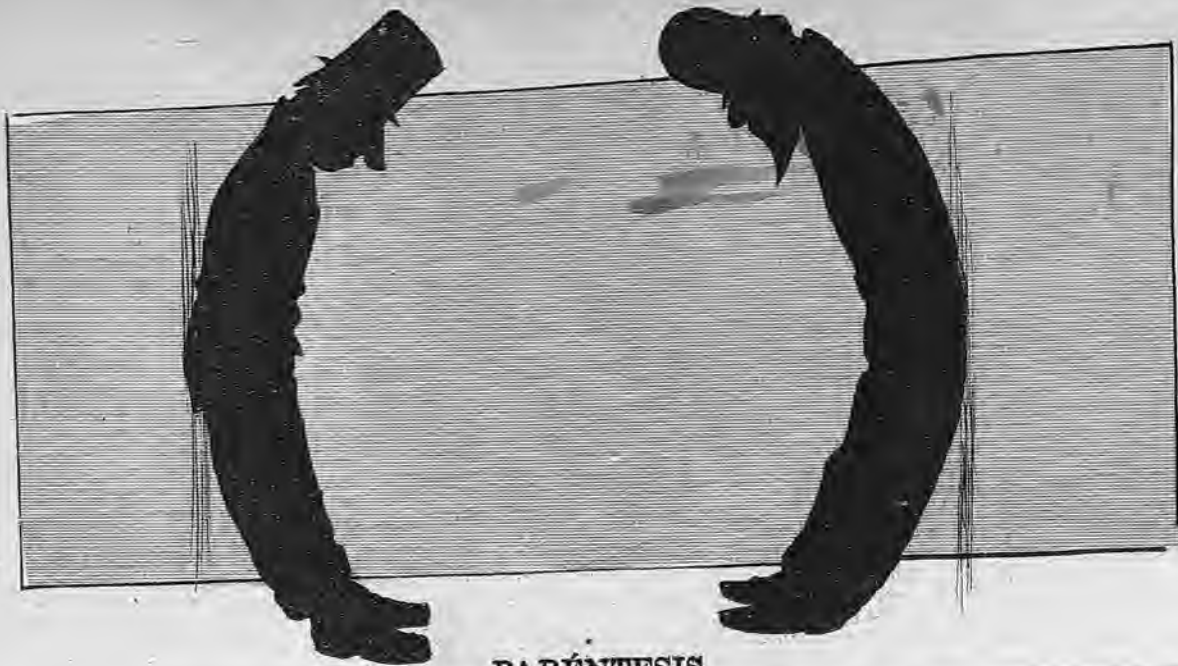
—Ese loco de Busquet...

dumbre que se días animales de tal tamaño y tal categoría. El empleado del ferrocarril sonreía, y el buen Martinot se contentaba con murmurar entre dientes.

El animalucho se cansó muy pronto y cambiaron las cosas.

(Continúa.)





PARENTESIS

**LA MARGARITA EN LOECHES**

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y muy recomendable. Treinta y siete años de uso general y favorable. Depósito central: Jardines, 15, Madrid.

**GRAN CENTRO DE REPARTICIÓN**

A. Frailes y Compañía.  
AVISAMOS á nuestra numerosa clientela el traslado del Gran centro de reparación por mejora de local (antes Jesús y María, 32), hoy Jordán, 23, esquina á la de Fuencarral, donde seguimos efectuando toda clase de reparatos, como periódicos, ciriales, prospectos, novelas, esquelas de defunción, tarjetas de invitación, avisos, nota de precios, y la propaganda de toda clase de libros.  
Se garantizan todos los trabajos de este Centro, y se remiten tarifas de precios á quien las pida.

GÓMEZ DE AMPUERO

**¡CON VERLO BASTA!**

NOVELA FESTIVA  
Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,  
UNA PESETA

LIBRERÍA

DE LA

**VIUDA DE POZO, É HIJOS**

Obispo, 55, Habana.

Agentes en Cuba para la suscripción y venta de

Los Madriles.

**Gran Lotería de Dinero**

Garantizada legalmente por el Supremo Gobierno de Hamburgo.

**500.000**  
MARCOS

ó aproximadamente  
**Pesetas 625.000**

como premio mayor pueden ganarse en caso más feliz en la Nueva gran Lotería de dinero garantizada por el Estado de Hamburgo.

ESPECIALMENTE

- 1 Premio 300000
- 1 Premio 200000
- 1 Premio 100000
- 1 Premio 75000
- 1 Premio 70000
- 1 Premio 65000
- 2 Premios 60000
- 1 Premio 55000
- 1 Premio 50000
- 1 Premio 40000
- 1 Premio 30000
- 8 Premios 15000
- 26 Premios 10000
- 56 Premios 5000
- 106 Premios 3000
- 203 Premios 2000
- 6 Premios 1500
- 606 Premios 1000
- 1060 Premios 500
- 30930 Premios 148

La Lotería de dinero bien importante, autorizada por el Alto Gobierno de Hamburgo y garantizada por el Hacienda pública del Estado, contiene 100.000 billetes, de los cuales 50.200 deben obtener premios con toda seguridad.

Todo el capital que debe decidirse en esta lotería importa **9.553.005** MARCOS ó sean casi

**PESETAS 12.000.000**

La instalación favorable de esta lotería está arreglada de tal manera, que todos los arriba indicados 50.200 premios hallarán seguramente su decisión en 7 clases sucesivas.  
El primer premio de la primera clase es de marcos 50.000; de la segunda 55.000; ascienste en la tercera á 60.000; en la cuarta á 65.000; en la quinta á 70.000; en la sexta á 75.000, y en la séptima clase podrá en caso más feliz eventualmente importar 500.000, especialmente 300.000, 200.000 marcos, etc.

La casa infrascrita invita por la presente á interesarse en esta gran lotería de dinero. Las personas que nos envíen sus pedidos se servirán añadir á la vez los respectivos importes en billetes de Banco, libranzas de Gira mutuo extendidas á nuestra orden, giradas sobre Barcelona ó Madrid; letras de cambio fácil á cobrar, ó en sellos de correo.

Para el sorteo de la primera clase cuesta:  
1 Billeto original, entero: Rvn. 30.  
1 Billeto original, medio: Rvn. 15.

Cada persona recibe los billetes originales directamente, que se hallan previstos de las armas del Estado, y el prospecto oficial en todos los países menores. Verán adá el sorteo, se envía á todo interesado la lista oficial de los números arrebatados, previa de las armas del Estado. El pago de los premios se verifica según las disposiciones indicadas en el prospecto, y bajo garantía del Estado. En caso que el tenor del prospecto no convenga á los interesados, los billetes podrán devolverse, pero siempre antes del sorteo, y el importe remitido será restituído. Se envía gratis y franco el prospecto á quien lo solicite. Los pedidos deben remitirse lo más pronto posible, pero siempre antes del

25 de Noviembre 1889.

**Valentin y C.ª**

BANQUEROS

**HAMBURGO**  
ALEMANIA

17188 Premios 300, 200, 150  
127, 100, 94, 67, 48, 20